

VIDA RELIGIOSA A PARTIR DEL CONCILIO VATICANO II

LUIS ALFREDO ESCALANTE, SDS

La coincidencia entre la celebración del Año de la fe y la conmemoración de los cincuenta años del Concilio Vaticano II nos permite ver que, como afirma el papa Francisco, este evento del Espíritu en la Iglesia significó, en primer lugar, un llamado a volver sobre lo propio de la fe cristiana; es decir, a poner a Jesucristo de nuevo en el centro de nuestra vida eclesial y personal (*LF 6*). La vivencia y renovación de la fe en todas las formas de vida eclesial, por tanto en la vida religiosa, tiene una referencia central a Jesucristo, fuente de fe, esperanza, amor, fuerza y alegría; y por tanto, también, en los hermanos y hermanas que nos rodean y que luchan para vivir dignamente su existencia.

En este escrito se quiere reflexionar acerca del ser y el deber ser de la vida religiosa en torno a los desafíos espirituales, eclesiales y sociales que nos plantea el Concilio Vaticano II, especialmente a partir de su impacto en la Iglesia latinoamericana y caribeña.

Vaticano II: un nuevo amanecer para la vida religiosa

Centralidad de Jesucristo

Uno de los llamados del Concilio Vaticano II en vistas a la renovación de la Iglesia en cuanto a su ser y su quehacer, es decir, en lo

referente a la naturaleza dentro del ámbito de la revelación y a su misión en mundo actual, fue propiciar un retorno a los fundamentos que la originan y la sostienen, a saber, la palabra escriturística y el carisma fundacional.

El Concilio valoró la vida religiosa como parte de la conformación del pueblo de Dios, tanto en beneficio de la Iglesia misma como de la sociedad humana. De igual manera, exaltó esta particular vocación eclesial, alabando «a los varones y mujeres, a los hermanos y hermanas que en los monasterios, o en las escuelas y hospitales, o en las misiones, hermosean a la Esposa de Cristo con la perseverante y humilde fidelidad en la susodicha consagración y prestan a todos los hombres los más generosos y variados servicios» (*LG* 46). En tal sentido, es preciso afirmar que la diversidad en la consagración y en el servicio hace precisamente más rica y pertinente esta manera de seguir a Jesucristo en todos los tiempos y lugares.

Lo anterior significa que la vida religiosa constituye una parte fundamental de la Iglesia seguidora y anunciadora de Jesús; es decir, ella pertenece al ser y al hacer de la Iglesia a través de personas procedentes tanto de la jerarquía como del pueblo creyente. Si ello es verdad, entonces los religiosos y religiosas no integran un estado de vida intermedio entre jerarquía y laicado, sino que constituyen un modo de contribuir a la misión salvífica de toda la Iglesia (*LG* 43).

A tiempo que reconoce el valor de la vida religiosa para la toda la Iglesia debido a esta pluralidad y a su disponibilidad en la «prosecución de la caridad perfecta» (*LG* 42) o de la entrega amorosa, el Concilio ha llamado a religiosos y religiosas a la total unión con Jesucristo, sentido y fundamento de toda consagración y servicio en la Iglesia (cf. *LG* 3). En él se halla la razón de ser y la orientación hacia el futuro de la vocación religiosa. En consecuencia, los votos de castidad consagrada a Dios, de pobreza evangélica y de obediencia para la fidelidad a Cristo, vienen a ser gestos existenciales que posibilitan una adhesión y sintonía con Jesucristo en esta tierra.

Podría afirmarse, entonces que, por ser eclesial, la vida religiosa es lógicamente cristocéntrica y reinocéntrica; esto es, pertenece al

orden de la predicación y la praxis de Jesús de Nazaret, quien hace presente el reino y concibe la unidad de su seguidores y seguidoras en el amor eficaz y sin límites. La identidad cristológica y por tanto eclesiológica se convierte, así, en garantía y característica central de la vocación a la vida religiosa; por consiguiente, «la consagración será tanto más perfecta cuanto, por vínculos más firmes y más estables, represente mejor a Cristo, unido con vínculo indisoluble a su Iglesia» (*LG* 44).

Optar por el estilo de vida religioso implica una opción fundamental por Cristo en la Iglesia bajo la acción del Espíritu, y esta opción expresa una alternativa específica de seguimiento de Jesucristo. Ello quiere decir que, mediante la profesión y vivencia de los votos, la vida religiosa se esfuerza por hacerse libre para amar sin límites a Dios y al prójimo, crecer en santidad en medio del mundo y cooperar en la misión salvadora de toda la Iglesia, que es la misión asumida por Jesús de Nazaret. Solo una íntima y completa unidad con Cristo (*LG* 1) garantiza la naturaleza y el perfil de los religiosos y religiosas.

La vida religiosa y, por tanto, la Iglesia se hacen más fieles al evangelio del Señor en la medida en que los religiosos y religiosas se identifiquen permanentemente con él y viven para él, es decir, «cuanto más fervientemente se unen con Cristo por esa donación de sí mismos, que abarca la vida entera» (*PC* 1). Esta íntima unión con Jesucristo en Dios es una prioridad para quienes profesan los votos por cuanto de él «fluye y se urge el amor al prójimo para la salvación del mundo y la edificación de la Iglesia» (*PC* 6).

Centrarse en Jesucristo es, en últimas, el desafío conciliar para que la vida religiosa adquiera permanentemente relevancia. Ella será más significativa cuanto más fije sus ojos en Jesús de Nazaret y se haga seguidora suya en medio de las realidades presentes, sin olvidar su orientación escatológica. A través de la entrega, mediante esta vocación se percibe a Cristo dándose de manera actualizada a los hombres y mujeres de cualquier tiempo, raza, cultura y lugar.

La vuelta a los fundamentos

La manera especial como el Concilio ha llamado a la recuperación del sentido mayor de la vida religiosa y de su fidelidad al Señor Jesús ha sido mediante su insistencia en la necesidad de un retorno a las fuentes originales de este estilo de vida propio de la Iglesia¹. En efecto, los padres conciliares reconocieron la urgencia de una renovación en la vida religiosa, que la conduzca, bajo el impulso del Espíritu y la guía de la Iglesia, a un radical seguimiento de Jesucristo, lo cual constituye su norma última y suprema (*PC* 2a). Seguir a Jesucristo, tal como lo propone el evangelio, requiere una decisiva y asidua renovación de la vida comunitaria, formativa y apostólica, que no será auténtica si no está animada por una renovación espiritual (*PC* 2e).

Bajo estos criterios, la vida religiosa fue incitada a una genuina transformación mediante «un retorno constante a las fuentes de toda vida cristiana y a la primigenia inspiración de los institutos y una adaptación de estos a las cambiadas condiciones de los tiempos» (*PC* 2). Estas búsquedas simultáneas permiten que este estilo de vida en la Iglesia se sustente en sus incontestables bases que la originan, sostienen y orientan, y que, además, adecúe sus modos de ser y de actuar de acuerdo con las exigencias históricas presentes.

Este dinamismo de fidelidad y *aggiornamento* de la vida religiosa supuso un proceso de vuelta a lo esencial del evangelio, así como de las ideas originales de los fundadores y fundadoras, manteniendo firmes los pies en la realidad eclesial y social que circunda la vida de religiosos y religiosas. La triada evangelio-carisma-realidad refleja los tres aspectos centrales sobre los cuales girará toda revisión y proyección en las diversas formas de vida religiosa, tanto contemplativa como apostólica.

La vuelta a los fundamentos constituyó un verdadero renacer de la vida religiosa y desató en congregaciones e institutos nuevas

¹ Este llamado conciliar se concretó en el decreto *Perfectae caritatis* sobre la adecuada renovación de la vida religiosa, promulgado el 28 de octubre de 1965.

actitudes y dinámicas de aproximación a la palabra de Dios y a las intuiciones originales de los fundadores y fundadoras con el fin de encontrar los procedimientos más inéditos que permitieran nutrir la vida, el trabajo y la espiritualidad de quienes asumen esta opción de vida cristiana. En efecto, en la etapa posconciliar se desató una oleada de nuevas aproximaciones a la Biblia, de la cual se buscaba extraer luces y orientaciones precisas para construir un perfil de religiosos y religiosas realmente seguidores de Jesucristo y firmes en los valores de evangelio. Además, surgió un mayor interés por el estudio, profundización y reinterpretación de las ideas propias de los fundadores y fundadoras a fin de replantear las obras y los modos de proyectarse en el corazón de la Iglesia y del país.

Al mismo tiempo, se produjo una mejor articulación entre la vida religiosa y la misión evangelizadora de una Iglesia que dialogaba con la sociedad moderna, al tiempo que los institutos y comunidades replantearon seriamente sus estructuras organizativas y los procesos formativos de sus miembros. En este aspecto, la vida religiosa promovió entre sus miembros un «conveniente conocimiento de la situación de los hombres y de los tiempos y de las necesidades de la Iglesia, de suerte que, juzgando sabiamente a la luz de la fe las circunstancias del mundo presente e inflamados de celo apostólico» (*PC* 2d), pudieran ayudar más eficazmente a los hombres y mujeres de su tiempo.

En definitiva, el Concilio implicó una revisión de las maneras como en las comunidades e institutos ponían en práctica los carismas fundacionales y desplegó una revisión de obras apostólicas, de las formas de presentarse ante el mundo circundante, de las mediaciones evangelizadoras, de los medios de encuentro íntimo con el Señor, de las formas de gobierno y de los lugares de vida y de trabajo. Puede asegurarse que la apertura de la Iglesia universal respecto al mundo moderno tuvo un claro reflejo en las nuevas formas de vivir de religiosos y religiosas en medio de los campos, las urbes, las fábricas, las calles y demás escenarios en los que hombres y mujeres desarrollan cotidianamente su existencia.

Orantes y comprometidos: una renovada consagración

Los dos ejes sobre los cuales tradicionalmente ha girado la vida religiosa, acción y contemplación, adquieren una nueva luz y fuerza. La reforma conciliar de la Iglesia implicó, para la vida religiosa, una nueva lectura de sus matices característicos, a saber, de la espiritualidad, el apostolado, la vida común y la vivencia de los votos.

A partir de la adecuada renovación que el Vaticano II pretende para la vida religiosa, lo primero que ella debió procurar en la práctica concreta fue recuperar la mencionada centralidad de Jesucristo. Y para ello se hizo necesario ir al espíritu y a las formas de oración de modo que esta estuviese cimentada en las fuentes de la espiritualidad cristiana: la Sagrada Escritura, la liturgia de la Iglesia y la celebración eucarística (PC 6). Esta renovada espiritualidad sería el pozo del cual debería beber siempre la vida religiosa para no perder identidad y congruencia.

En lo referente a la proyección apostólica, el Concilio insiste en que todas las manifestaciones de la vida religiosa deben preguntarse constantemente por su pertinencia evangelizadora, es decir, por su aporte a la misión propia de la Iglesia. La calidad de la oración se manifiesta en la intensidad apostólica y la calidad de la misión depende de la intensidad orante. Oración y compromiso son como las dos alas a través de las cuales la vida religiosa podrá volar lejos.

Acerca de la vida común, se insiste en el cuidado del amor fraternal, la unidad de espíritu, el respeto a la diversidad humana, la igualdad de condiciones y oportunidades, y la cooperación en las obras apostólicas (PC 15). La construcción de sociedad en orden a una gran familia humana y la comensalidad universal debería constituir uno de los grandes aportes de la vida religiosa. De ahí la importancia de su testimonio de fraternidad, sororidad, respeto mutuo, apoyo sincero.

La «castidad por amor del reino de los cielos», así como «la pobreza voluntaria por el seguimiento de Cristo» y la «obediencia para la plena entrega a la voluntad salvífica de Dios», constituyen

expresiones de una vocación única en la Iglesia (PC 12, 13 y 14). Los religiosos y religiosas fueron desafíados a buscar nuevas formas de vivir los votos como expresión de la entrega total a Dios y los demás, es decir, a la implantación del reino de Dios. El sentido original de los votos es la identificación y el compromiso con los valores de este reino: libertad, justicia, solidaridad y perdón. En contextos como el colombiano, este cometido adquiere dimensiones particulares a través de la construcción de un país más allá de la violencia y el narcotráfico que lo han caracterizado durante décadas enteras.

Todos estos aspectos de la vida religiosa deben ser renovados constantemente; los religiosos y religiosas, fieles a su identidad carismática, han de renovar «las antiguas tradiciones benéficas» y adaptarlas a las necesidades de los hombres y mujeres del *siglo*, de suerte que las comunidades e, incluso, «los monasterios sean como semilleros de edificación del pueblo cristiano» (PC 9). Una sensata integración de estos pilares dará mayor relevancia a este estilo de vida suscitada por el Espíritu para bien de la Iglesia y de la sociedad.

Vida religiosa en América Latina y el Caribe

Religiosos en un contexto de injusticia, desigualdad, hambre y muerte

América Latina, en cuanto continente de esperanza y de fe, ha sido un terreno fértil para la vida religiosa. Por ello, después del Concilio ella comienza a plantearse seriamente su rol en el proceso de liberación que avanza a lo largo y ancho del continente y del Caribe. La gran pregunta que jalonará este proceso de renovación será la referente a la pertinencia de esta forma de vida cristiana en la liberación de los pueblos sumidos en problemas agudos que generan impactos profundos en la vida y en el porvenir de los habitantes de estas tierras de Dios.

En la época posconciliar, desde diversos ángulos, saberes y disciplinas, se realizan estudios acerca de la situación del hombre y la mujer latinoamericanos y caribeños, y la principal característica percibida es que se trata de una realidad de injusticia que genera otras expresiones en contra del bienestar auténtico e integral. En tal sentido, se acierta en que la injusticia constituye el núcleo de los problemas de esta región.

Esta es la primera y más radical constatación del episcopado latinoamericano y caribeño en el momento en que intenta aplicar las directrices del Concilio Vaticano II en nuestros contextos particulares. Una injusticia social generalizada que permea todas las estructuras de la vida humana hace que estos pueblos vivan sumidos en otros problemas serios y alarmantes. El hambre no es consecuencia del perverso destino divino, la pereza, la negligencia o una opción libre de las personas. Ella es fruto de la injusticia en la que han vividos sometidos los habitantes de estas tierras.

Una situación tal de injusticia hace que personas, familias y pueblos enteros no logren las posibilidades concretas de realización en los diversos niveles que socialmente se requiere para estar en condiciones de dignidad (DM, Justicia 1). América Latina es un subcontinente empobrecido porque los recursos han sido saqueados, de modo que lo que se ha sacado de él no corresponde con lo que ha ingresado a su favor. Y esta situación de injusticia se expresa no solo en el orden internacional, por parte de las empresas de envergadura continental, sino también en la manera de administrar la vida y los bienes sociales, políticos y económicos, por parte de personas y clases influyentes de la misma región.

La realidad de injusticia y desigualdad en América Latina y el Caribe adquiere formas concretas en la marginalidad y dependencia por parte de los pobres tanto en zonas rurales como urbanas; en las desigualdades entre las clases sociales; en el poder ejercido injustamente por algunos sectores dominantes hasta llegar a la represión; y en tantas otras situaciones que atentan contra la dignidad y el bienestar de las gentes (DM, Paz 2-7). En Colombia estos rasgos de

situación adquieren dimensiones particularmente desafiantes, toda vez que la guerra desatada a finales de los años 50 llevó a la polarización general y al surgimiento de las más radicales y crueles formas de masacre y muerte mediante guerrillas de izquierda y fuerzas paramilitares con un impacto duradero y tenaz.

Todo ello manifiesta una real situación de dependencia y sumisión de los países latinoamericanos y caribeños respectos a los países centrales o industrializados; por eso «resulta cada vez más intolerable por la progresiva toma de conciencia de los sectores oprimidos frente a su situación» (DM, Paz 8). Y esta concienciación del pueblo acerca de su situación genera y apoya un dinamismo social sin precedentes, que luchará por la liberación y contra la dependencia y la opresión. Los miembros de la Iglesia, afirmó Medellín, «no podemos ignorar el fenómeno de esta casi universal frustración de legítimas aspiraciones que crea el clima de angustia colectiva que ya estamos viviendo» (DM, Justicia 1).

Al lado de la injusticia y la desigualdad no puede esperarse otro panorama que el del hambre generalizada y diversificada. América Latina y el Caribe fueron identificadas como región empobrecida, es decir, rica en muchos aspectos pero saqueada y, por ello, sumida en miseria y precariedad de vida. El hambre, la malnutrición y la precariedad de vida en la mayoría de sus habitantes se convierten en lugar propicio de reflexión y praxis de fe. De ello dan cuenta la III Asamblea del Episcopado Latinoamericano y el *Documento de Puebla* al identificar los rostros concretos en los que Cristo sigue sufriendo día tras día y clamando al oído de Dios (DP 31-39). Estos rostros serán actualizados por Santo Domingo (DSD 178) en 1992 y Aparecida (DA 394) en 2007.

A la injusticia y desigualdad que generan hambre en múltiples formas y escenarios, se une la violencia institucionalizada que agobia a estos pueblos. Puede afirmarse que otra característica de América Latina y el Caribe es, en buena medida, la situación de violencia. En países sumergidos en la injusticia, la exclusión y el hambre, la violencia deviene alternativa de superación de esta situación. Por

otra parte, los Estados utilizan la violencia sistemática y organizada para atacar bandas y grupos al margen de la ley, así como a quienes se oponen al sistema impuesto y se ponen del lado de los pobres y los últimos. Un signo de ello es la cantidad de mártires cristianos que con su sangre han regado estas tierras creyentes y comprometidas con el trabajo radical por el reino de Dios.

Dado que esta realidad, que golpea tan fuertemente la vida humana, «es una injusticia que clama al cielo» (DM, Justicia 1), la Iglesia toda, y por tanto la vida religiosa, fueron retadas a hacer presencia liberadora a través de su acción evangelizadora. Ello significó que la acción eclesial tuviera en cuenta: el realismo acerca de la situación de los países latinoamericanos y caribeños, la necesidad de una reforma política, la promoción de una conciencia crítica de orden social y político, la organización comunitaria y participativa, la asunción de la idiosincrasia y las posibilidades de esta cultura, y el uso de todos los medios y avances científico-técnicos en bien de la promoción humana (DM, Justicia 16-23). La construcción de una sociedad orientada al cambio en todas sus esferas será en adelante una constante en la reflexión y acción del magisterio, los pensadores, los teólogos, los evangelizadores, la vida religiosa y demás actores de la sociedad.

A través de diversas organizaciones, movimientos y acciones, la vida religiosa colombiana ha hecho presencia en sectores marginados en las ciudades capitales y en lugares de conflicto bélico del país, ha participado en acciones de reconciliación y de paz, ha acompañado víctimas del desplazamiento forzado y de la desaparición violenta, ha apoyado la creación de comunidades de paz en medio de la guerra, y ha procurado una presencia alternativa en el ámbito educativo nacional.

Nuevos dinamismos de formación y compromiso religioso

A partir de Medellín irrumpen la conciencia de cambio y, por tanto, de mayor comprensión y compromiso respecto a las luchas dignifi-

cadoras y emancipadoras de las mayorías del pueblo latinoamericano y caribeño. No pocos hombres y mujeres dispuestos a seguir a Jesús desde la profesión de los votos y la vida en comunidad bajo la luz del evangelio y de la espiritualidad y carisma de sus fundadores, asumieron con nueva pasión y dinamismo el desafío actual de ser cristianos y religiosos. Muchos son los signos, escenarios, procesos y acciones emprendidas por la Iglesia y por la vida religiosa en América Latina y el Caribe:

- *Conciencia del nuevo tiempo y apertura a la renovación.* Esta fue la llamada principal del Concilio, por lo que un buen número de comunidades e institutos religiosos se dispusieron a discernir el sentido de su vocación, preguntándose «cuál es el puesto que ocupa el religioso en la Iglesia y en qué consiste su vocación especial dentro del pueblo de Dios» (DM, Religiosos 2). De esta pregunta surgió la ratificación del carácter profético y escatológico de la misión de la vida religiosa. Por una parte, sus miembros deben encarnarse hoy con mayor audacia en el mundo, interesarse por los problemas sociales, el sentido democrático y la mentalidad pluralista de los hombres y mujeres de esta época, para, a partir del propio carisma, «insertarse en las líneas de una pastoral efectiva». Por otra parte, testimonian la centralidad del Señor, subrayando el espíritu escatológico de la vida cristiana que lleva a trascender el carácter relativo y transitorio de las cosas y luchas en el mundo presente (DM, Religiosos 3), y dando testimonio existencial de la identificación con Jesucristo, se hace signo de la santidad trascendente de la Iglesia (DM, Religiosos 4). Los cambios operados en la realidad latinoamericana y caribeña «exigen una revisión seria y metódica de la vida religiosa y de la estructura de la comunidad. Esta es una condición indispensable para que los religiosos sean signo inteligible y eficaz dentro del mundo actual» (DM, Religiosos 7). Ello supuso una renovación en los modos de hablar, vestir, actuar y relacionarse.

- *Una seria formación de los religiosos y religiosas.* La conciencia de un nuevo tiempo, la participación en el proceso de desarrollo, la promoción de una nueva manera de ser Iglesia y la opción por el pobre requirieron de nuevos dinamismos de formación y cualificación humana. Cuando la Asamblea de Medellín insistió en una profunda y continuada formación espiritual y teológica armonizada con los valores humanos, así como en la sincera formación social, la vida religiosa se dispuso a replantear sus planes y métodos de formación. A partir de aquí surgió la preocupación por la formación en centros académicos de calidad, para lo cual fue preciso dar el paso de los seminarios y centros conventuales de formación hacia las universidades del saber. Importantes centros universitarios del país empezaron a contribuir con formación de calidad en no pocas generaciones de religiosos y religiosas que se han ido insertando alternativamente en la vida eclesial y social de la nación². En esta misma línea, se urgió al desarrollo y profundización de una teología de la vida religiosa, que en Colombia se concretó en las búsquedas y acciones de la Comisión de Reflexión Teológica de la CRC. Además, las comunidades e institutos religiosos vieron necesaria la instauración de un centro de formación para religiosos y religiosas (CER), lo mismo que una escuela para formadores y formadoras (ESFOR).
- *Opción por los pobres de la Iglesia latinoamericana.* Una opción entendida como reconocimiento y apropiación de la honda del sujeto latinoamericano-caribeño, marcado por la cruz de la pobreza, del olvido irresponsable y de la opresión aniquiladora, se concreta en los claros y evidentes llamados de todas las conferencias generales del episcopado en la región y en la aceptación real de la desgarradora situación de miseria del pueblo (DM); en el reconocimiento de los rostros sufrientes de

² Podrían mencionarse, entre otras, la Pontificia Universidad Javeriana y la Universidad Santo Tomás.

los pobres que claman al cielo (DP 30-39); en la contemplación atenta de esos rostros en los que se revela Cristo sufriente llamándonos a servirle (DSD 178), y en el reciente llamado a acompañarlos, escucharlos y ayudarlos a ser sujetos de cambio social y de superación de la miseria que llevan a cuestas (DA 394). Esta opción fue concretada en la inserción en medio de los pobres, en el compromiso con su causa y en la lucha por superar las condiciones de pobreza del continente. Y con la entrada del pobre en la teología cristiana del continente, el Dios de los pobres, el Cristo pobre, la Iglesia de los pobres, el compromiso con el pobre y la misión de los pobres, consecuentemente, adquieren validez y pertinencia. A partir de aquí el compromiso con el pobre aporta a la vida religiosa la marca de los pobres como lugar predilecto de revelación, de vivencia de la fe y de seguimiento de Jesús. En Colombia, religiosos –en su mayoría mujeres– comprometidos con los pobres, dieron origen a la Comisión de Religiosos Insertos en Medios Populares (CRIMPO).

- *Un aporte a la nueva eclesialidad.* Los clamores eclesiales en América Latina y el Caribe fueron expresiones de la sugestiva renovación impulsada por el Concilio Vaticano II y llevaron a la construcción de una Iglesia pueblo de Dios, Iglesia de los pobres, popular o de la base, nutrita por las pequeñas y vivas comunidades eclesiales de base que surgieron a lo largo y ancho del continente. De ello se hizo consciente la vida religiosa, por lo que muchos religiosos y religiosas salieron de sus pomposos y alejados conventos a poner su tienda entre los pobres, en medio de barriadas populares y sitios de conflicto y de dolor. Las comunidades de base, comunidades campesinas, círculos bíblicos y otras experiencias de fraternidad cristiana fueron lugar de proyección y servicio de religiosos y religiosas y tierra fértil donde se vieran evangelizadas por la fe, la hospitalidad, el compromiso, la esperanza y las ganas de vivir de los pequeños y excluidos de la tierra. En este sentido, la vida religiosa es

desafiada a abrir las puertas de la vida comunitaria para compartir su especificidad con los laicos. A este desafío respondió la Comisión Mujer e Iglesia de la Conferencia de Religiosos de Colombia.

- *Nuevos escenarios de evangelización.* En cuanto don del Espíritu para bien de la Iglesia, la vida religiosa fue ubicada como fuerza capaz de contribuir al desarrollo de América Latina y el Caribe. Una nueva conciencia acerca de la realidad presente, de la búsqueda de una nueva eclesialidad y del compromiso liberador con los pobres, llevó a que ella se planteara la necesidad de participar en el mejoramiento de las condiciones históricas de nuestros pueblos: «la situación actual no puede dejar inactivos a los religiosos. Aunque no han de intervenir en la dirección de lo temporal, sí han de trabajar directamente con las personas en un doble aspecto: el de hacerles vivir su dignidad fundamental humana y el de servirles en orden a los bienes de la redención» (DM, Religiosos 12). Esta cooperación, inherente a la vocación religiosa, se expresa en la acción concreta gracias a la educación, situación e influencia de las personas y comunidades. Tanto las comunidades activas como las contemplativas fueron llamadas a dar testimonio de Dios en el corazón del mundo presente. De esta manera, lo apostólico se erigió como «elemento esencial de la vida religiosa» que requiere de una constante renovación en sus métodos, fieles a su identidad y a los nuevos procedimientos y necesidades de la Iglesia latinoamericana y caribeña (DM, Religiosos 13 b). La constante toma de conciencia sobre los graves problemas sociales hizo que se pensara en la promoción de una mentalidad social, espiritual y teológica forjadora de hombres y mujeres capaces de «atender, educar, evangelizar y promover sobre todo a las clases sociales marginadas, procurando un espíritu de pobreza, un dinamismo misionero y un compromiso con la reforma agraria (DM, Religiosos 13, e, f, g).

Todo ello significó una visión de conjunto que implicó la fidelidad a los carismas fundacionales al lado de la fidelidad al evangelio y a las opciones de la Iglesia, de manera que se procurase una verdadera Iglesia pueblo de Dios. En consecuencia, se instó a la cooperación entre los religiosos y religiosas y los obispos y demás pastores, los laicos y los miembros de otras comunidades. Esto permitiría un auténtico seguimiento de Jesucristo en fidelidad al evangelio, a los carismas religiosos y a los clamores de los pobres y excluidos de todas las razas y culturas. En sintonía con esta urgencia, la vida religiosa colombiana, a través de la CRC y siguiendo las directrices de la CLAR, asumió procesos de renovación y refundación que permitieron transitar caminos de novedad y esperanza.

A partir de estas intuiciones propias del Concilio, la vida religiosa latinoamericana y caribeña desarrolló nuevos dinamismos en el seguimiento de Jesucristo y en la manera de vivir la vocación eclesial de acuerdo con los signos que ofrecían los tiempos y lugares del continente. En este sentido puede afirmarse que en la vida religiosa la mujer ha desatado niveles enormes de valoración y compromiso en la construcción social y eclesial, en igualdad de intensidad con el hombre. También ha sido valiosa la presencia de las mujeres religiosas en sectores populares y de conflicto, lo cual ha manifestado la voluntad de hacerse presente allí donde casi nadie quiere estar. De igual manera, algunos religiosos y religiosas han incidido de manera significativa en la construcción de sociedad tanto en las academias como en la educación y los movimientos sociales. En definitiva, religiosos y religiosas han sido fermento de una nueva humanidad en la que reine la justicia, la igualdad, la solidaridad y la paz. Y algunos de ellos y ellas han asumido radicalmente la vivencia de la fe como seguimiento histórico, contribuyendo así a la dignificación de la vida humana hasta dar la propia vida en fidelidad a Jesús de Nazaret.

Hacia una nueva aurora en la vida religiosa

Mucho tiempo ha pasado desde que el Concilio Vaticano II nos llamó a la apertura del Espíritu para volver a la centralidad en Jesucristo, recuperar la originalidad fundacional y escudriñar los signos de los tiempos latinoamericanos y caribeños para allí sembrar las semillas vivas del evangelio de la justicia, de la solidaridad y de la paz. Pero los tiempos, las condiciones de vida y de lucha han cambiado. Otros desafíos se plantean hoy a quienes deciden seguir a Jesús mediante la profesión de los votos y la vida en comunidad. Para que este estilo de vida siga siendo fermento del reino y contribución significativa en la construcción verdadera de un continente nuevo y de un país sin violencia, es necesario enfrentar nuevos retos y lanzar, sin miedo y de manera renovada y creativa, las naves de la vida religiosa por caminos sedientos de amor, justicia y paz. Esbozamos algunos de los desafíos y tendencias que la vida religiosa debe seguir asumiendo para mostrarse sugestiva y alternativa en una nueva época variable y fascinante pero, al mismo tiempo, contradictoria y desafiante.

Auténtica conversión a Cristo: una vida religiosa mística

La primera realidad que la vida religiosa está llamada a asumir, en sintonía con los desafíos y tareas apuntaladas por el Concilio y con el magisterio latinoamericano y caribeño, es la permanente conversión a Jesucristo. Recuperar la vivacidad del evangelio y dejarse llenar del Espíritu del Nazareno y del dinamismo de sus primeros seguidores permitirá estar en permanente identificación o configuración con él para responder auténticamente a su llamado y envío³. Configurarse con Cristo implica abrirse totalmente al Padre,

³ Proceso al que la Conferencia de Aparecida llama a todos los cristianos y cristianas (cf. DA 136-142).

asumir el mandato del amor eficaz instaurado por Jesús, vivir en total libertad para el seguimiento radical, disponerse a la entrega solidaria y sin límites por los hermanos y, en últimas, compartir su destino llegando hasta dar la vida por su causa.

Solamente la intimidad con Jesucristo en la lectura orante de su palabra y en la eucaristía asidua podrá capacitar al religioso y a la religiosa para la total donación a los demás. Cuando él llena la existencia de quienes lo aman y lo siguen, ellos y ellas no quedan intactos sino que son volcados a un amor concreto y liberador especialmente a favor de los pobres y los excluidos; allí adquieren sentido y relevancia los votos de pobreza, castidad y obediencia. Porque cuando Jesucristo es puesto en el centro de la vida, consecuentemente, el ser humano también ocupa una centralidad, pues evangélicamente no puede concebirse a Jesús al margen de los hombres y mujeres, sus hermanos y amigos.

Centrarse en Jesucristo hará que la vida religiosa alcance la profunda commoción que Aparecida ha anunciado para que la vida cristiana salga del letargo de la comodidad, la tibieza y la indiferencia y se convierta en un «poderoso centro de irradiación de la vida de Cristo» (DA 362). Esto significa que la vida religiosa logre ser transparencia del Padre, como lo fue Jesús⁴, y expandir la «fragancia de Cristo» (2 Cor 2,15) que el mundo actual necesita; anhelo que implica una sabia articulación entre la praxis histórica y la esperanza definitiva de salvación que se realiza por Dios en Jesucristo. Tal empeño permitirá que los religiosos y religiosas sean místicos, no porque viven indiferentes ante las cruelezas del mundo o insatisfechos debido a su anhelo profundo de Dios, sino porque, como Jesús, se encuentran con Dios tanto en el silencio solitario del desierto como en el bullicio cotidiano de las masas que sufren y gozan la vida de diversas maneras. Místicos y místicas porque viven desde Dios, siguen a Jesucristo, intiman con él y se hacen libres como él. Místicos

⁴ «El Padre y yo somos uno» (Jn 10,30).

y místicas atentos a los clamores del mundo actual, por lo que se disponen a amar hasta el extremo como Jesús y a discernir asiduamente sus opciones y decisiones bajo la luz del evangelio.

*Nuevas prácticas y escenarios:
una vida religiosa samaritana y profética*

Otra de las insistencias fervientes del Concilio fue la de estar atentos a escuchar «las tristezas y las angustias de los hombres y mujeres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren» (GS 1). Este llamado a la solidaridad con el género humano, especialmente con los últimos de la historia, conlleva para la vida religiosa una constante revisión o discernimiento de los signos de los tiempos para, a la luz de la palabra de Dios, extraer la voluntad de Dios y asumir las prácticas y acciones más coherentes con su designio salvífico y, por tanto, humanizador.

La época actual, caracterizada por su complejidad y mutabilidad, es vista por tanto como un tiempo de enormes cambios no solo en la esfera del saber y las ciencias sino en todos los aspectos que conforman la cotidianidad humana. Se trata de una nueva época por la novedad en los modos de vida, en las cosmovisiones del hombre actual, en los metarrelatos que pretenden imponerse, en las formas de comunicación y transporte, en los descubrimientos científico-técnicos, sobre todo en el campo de la medicina y la informática. Estos y muchos otros aspectos hacen percibir esta época como un tiempo de confort y bienestar. Pero lo que no se puede olvidar es que este es también un tiempo de contradicciones y barbarie. En pleno siglo XXI, día tras día y de un extremo al otro del planeta, grandes multitudes buscan mejores condiciones de vida, ya que la lógica del mercado y de la máxima rentabilidad no ha beneficiado a las mayorías sino a las minorías que poseen y controlan los bienes y servicios en la humanidad.

Junto a tantas fascinaciones de la posmodernidad y la globalización neoliberal, es evidente que la injusticia, la desigualdad, la

corrupción, la exclusión, el hambre y la violencia siguen atentando contra la dignidad humana y, por tanto, continúan clamando al cielo. Estos nuevos clamores deben ser objeto de la sensibilidad ética y del compromiso social de quienes siguen a Jesucristo en la vida religiosa hoy. Estos desafíos éticos y religiosos plantean la necesidad de una revisión del talante apostólico y servicial, potenciando los esfuerzos colectivos y procurando la unión de fuerzas intercongregacionales que hagan más eficaces e impactantes las obras apostólicas. Si bien la vida religiosa se halla afectada por la realidad del facilismo y el confort, ella tiene el cometido evangélico de ser fermento del cielo nuevo y de la tierra nueva y de reafirmar permanentemente los grandes y pequeños compromisos asumidos comunitariamente en fidelidad a la misión eclesial y a los carismas congregacionales. En un mundo en el que reinan la competencia, las polarizaciones y tensiones sociales, las divisiones y fragmentaciones familiares por diversos motivos, la vida religiosa puede ser voz y presencia profética respecto a la construcción de la unidad en la familia humana y en la búsqueda de unidad y reconciliación social mediante su reserva fraternal. Para eso sería útil la resolución de sus conflictos internos, la superación de las envidias y el apoyo justo y fraternal a los miembros de cada comunidad o instituto.

La vida religiosa es llamada por el Espíritu, que hace nuevas todas las cosas, a cultivar un talante crítico y sugerente, de manera que se presente como un estilo de vida alternativo por ser aguerrida y entregada, hasta las últimas consecuencias, en medio de los pobres, las víctimas de la violencia, los excluidos y sufrientes de toda índole. Al igual que el buen samaritano (Lc 10,25-37), la vida religiosa es llamada a ser signo del amor más concreto y eficaz para con los caídos y caídas de la historia a la vera del camino. Ver alrededor y escuchar los gemidos sufrientes, acercarse y agacharse para palpar vivamente el dolor, condolerse y atreverse a limpiar las heridas, y ayudar a levantar para seguir avanzando con fuerzas nuevas por la vida. El hacerse cargo, junto a otros y otras personas y orga-

nizaciones sensibles y solidarias, de la situación de miseria y sufrimiento de tantos hombres y mujeres hasta asumir el consto económico de su dolor, haría de la vida religiosa una alternativa existencial y vocacional en tiempos del mayor lucro y eficiencia. El contacto en la red y los *mass media*, en los centros de comercio o de entretenimiento, en los recintos de ciencia y poder, permitirá conocer y asumir la realidad, como también el contacto sencillo y solidario en los barrios y veredas en donde campea el olvido estatal, la miseria y la violencia.

Nuevos saberes y lenguajes: una vida religiosa inculturada

Una de las exigencias del nuevo tiempo tiene que ver con la manera de mostrarse y presentarse en medio del mundo creyente y secular a la vez. Los religiosos y religiosas tienen el desafío de evitar ser vistos como seres extraños, uniformados y aparentemente angelicales, y expresar la humanidad como ella es. Esto podría hacerlos más próximos y asequibles a los jóvenes y adultos de hoy. El mundo actual invita a ser, más que a aparentar, de modo que se hable con actitudes y conductas y no solamente con vestimentas que ya no dicen nada y se apartan de la normalidad del cristianismo primitivo.

De igual manera, la vida religiosa tiene el reto de hablar más sencilla y lúcidamente acerca del misterio que proclama y hace vida en la Iglesia y fuera de ella. Para ello, necesita adentrarse en las universidades del saber para adquirir y profundizar dichos misterios así como las formas de comunicarlo y llevarlo a la vida. Cuando los religiosos y las religiosas se forman, resulta más difícil su manipulación y su tenue incidencia en los ámbitos eclesiales y sociales en los cuales participan, y aportan profundidad y coherencia evangélica en los procesos de evangelización asumidos. La capacitación en diversas disciplinas científicas no puede suplantar el estudio de la teología en sus áreas bíblica, sistemática y pasto-

ral, que es lo que dice relación directamente con aquello que se anuncia⁵.

De Jesús de Nazaret aprendemos a hablar del reino de Dios a partir de lo cotidiano de la vida y de lo que nos afecta a todos y todas, porque el reino está aquí, «está entre ustedes» (Lc 17,21). Por ello Jesús commueve, encanta e inquieta interiormente; genera actitud de cambio frente a la vida real y concreta; lanza a lo más profundo del ser y vuelca hacia el compromiso con los hermanos y hermanas que nos rodean. La clave del impacto de la predicación del reino por parte de Jesús no está determinada solamente por el lenguaje como tal, es decir por la manera sencilla y entendible, sino además y sobre todo porque en esa manera de hablar hace ver claramente que el reino ya está aquí, ha llegado, y lo que hace falta es aceptarlo. Esta manera jesuánica de hablar ha de inspirar a los religiosos y religiosas, teniendo en cuenta que no pueden desconectarse de los temas urgentes en los contextos local, nacional, regional e internacional. Que deben hablar de lo marginal sin descuidar lo fundamental y hablar de manera comprensible. Que deben llamar las cosas por su nombre de modo que no se manipule la verdad, se imponga la mentira y se encubran males que en la sociedad civil serían delitos graves porque lesionan los derechos y la dignidad de las personas y de las comunidades.

Para concluir

Podría decirse que el Concilio Vaticano II fue el concilio de la fe en Jesucristo, del mundo humano desafiante, de la Iglesia renovada y

⁵ Aquí resulta pertinente tener en cuenta que cuando un religioso se conforma con lo necesario para acceder al ministerio ordenado, entonces su labor evangelizadora se empobrece, pues tales estudios son básicos para tal servicio. Y si una religiosa estudia teología, ella puede aportar aquello que los mismos pastores muchas veces no dan a sus comunidades a nivel espiritual, formativo y pastoral; y aunque incomode, puede construir y enriquecer mejor la Iglesia.

de los pobres de este momento histórico. En tal sentido, cabe también afirmar que la Iglesia que cree auténticamente en Jesucristo es una Iglesia atenta a los signos y desafíos del tiempo presente y comprometida con los pobres de la tierra. Por eso, la vida religiosa, fiel a Jesucristo, es una vida que hace Iglesia privilegiando a los pobres y oprimidos de nuestro mundo. El contexto colombiano, siempre encantador y paradójico, espera religiosos y religiosas capaces de ser sal y luz en medio de la oscuridad que generan la injusticia, la corrupción, la miseria, la exclusión y la violencia en sus más variadas manifestaciones.